

Después de ver las faenas de extracción y elaboración del salitre en la Oficina Chacabuco, la más importante que se conserva del sistema Shanks, con terrenos en explotación que se hallan ubicados a gran distancia de la planta, un viaje de dos horas en auto nos lleva a María Elena. Esta oficina emplea en la explotación el sistema Guggenheim, y en la extracción usa máquinas de gran potencia que simplifican extraordinariamente el trabajo y hacen más llevadera la jornada del obrero.

Una breve explicación técnica en la casa de la Superintendencia de la mina nos indica los terrenos en que se halla ubicada la Oficina, algunos caracteres del terreno y los sitios en los cuales se realiza actualmente la extracción. Después nos trasladamos a los campos de caliche.

La misma extensión desolada, de color gris rosado, que hemos visto anteriormente en Chacabuco y en torno a las oficinas ya desiertas, se ve aquí habitada por monstruos mecánicos ante los cuales la mirada se detiene llena de extrañeza. En un lado vemos una menuda locomotora eléctrica que empuja o arrastra carros llenos de gruesas piedras; en otro nos llama la atención la postación hecha para conducir la corriente hasta los rasgos en que se realiza la faena; más allá vemos una draga que levanta la chucha y la sobrecarga que cubren el terreno, para dejar a la vista el manto de caliche, y finalmente una pala mecánica Bucyrus, maniobrada diestramente, levanta de una vez varios quintales de caliche que se depositan en los carros.

Para hacer la extracción se trabaja en línea recta una extensión de más de un kilómetro de longitud por más de ocho metros de ancho. El terreno removido en una trinchera sirve para rellenar en seguida la vecina; minúsculos operarios en el fondo de la trinchera manejan las perforadoras de aire comprimido con el objeto de preparar

tiros que habrán de desmenuzar el caliche, mientras en otro extremo del campo hacen otros trabajos preliminares. Un polvo rosado o amarillo se levanta en los sitios de faena. En la garita de las palas mecánicas y de las dragas un diestro maquinista maneja el aparato con la precisión con que un chauffeur su automóvil.

En esta tierra pródiga en contrastes, no es uno de los menores el que muestra esta tierra deshabitada, donde no hay vestigio alguno de vida animal y vegetal, y en la que sin embargo los rieles y las líneas aéreas de los convoyes indican la presencia humana. Más tarde damos una vuelta por el campo que acabamos de pisar, y desde fuera se le ve surcado en distintas direcciones por la postación eléctrica, mientras sobre los rieles los convoyes llenos se dirigen hacia la planta, a descargar su contenido de piedras de caliche.

Arde el sol, pero un viento fresco aliviana la atmósfera. A lo lejos, en todas las direcciones del horizonte, se divisan cerros de color morado, con algunas manchas rojas. Sobre la planta de elaboración un polvo suspendido constantemente indica el trabajo. En la región, María Elena es, familiarmente, María Polvillo, así como Pedro de Valdivia, la gigante oficina que visitaremos pasado mañana, es sólo Pedro. Una oficina abandonada por el trabajo, Coya Sur, sirve de campamento a cierta parte de los habitantes de María Elena, estrecha ya para albergar a sus pobladores. Y dominando los cordones de cerros morados, hacia el Oriente, dos pequeñas manchas nevadas indican los ventisqueros de nieves eternas de la Cordillera de los Andes.

La tarde se dedica a visitar la población, comenzando por la escuela pública que funciona en local de la Compañía. Los chicos a quienes hallamos en las salas de clases —en la tarde hay asistencia de muchachas, y de varones en la mañana— gozan de comodidades que no conocen sus compañeros del Sur. Las salas son muy amplias y tienen ventanas grandísimas; los muros pintados de celeste verdoso parecen calculados para dar una impresión grata a la vista. Los seis años de la escuela funcionan a la hora de nuestra visita; las alumnas de uno de ellos cantan en honor de sus visitantes una canción sencilla con buena voz y dicción clara.

Luego vienen la pulpería, limpia y bien provista, los baños públicos, la piscina, el mercado libre, que aunque estrecho conserva un aseo notable, y el Hospital, que merece párrafo aparte.

Un edificio de un piso, con galerías de cristales que dan luz directa a todas las dependencias, contiene salas para hombres y para mujeres, una Maternidad que atiende más o menos un parto diario, un pensionado y una sala de operaciones completísima. La instalación de Rayos X es de las más modernas. El jefe del hospital, el doctor Rendic, muestra con orgullo sonriente las instalaciones.

Se justifica su sentimiento: el Hospital de María Elena es una pequeña joya. Pedro Prado reclama para sí el título de técnico en la materia porque ha sido operado dos veces, y asegura que no ha encontrado en Santiago ninguna instalación quirúr-

gica tan cómoda como la que tenemos a la vista. No se necesita en realidad que lo jure porque todos alguna vez hemos visitado un Hospital. Pues bien, en elogio del de María Elena, puede decirse que una visita de los miembros de la Junta de Beneficencia sería provechosa para las construcciones hospitalarias que ahora se proyectan.

Se cita con emoción, en María Elena, el hecho de que Mr. Graham, vicepresidente de la Compañía, hizo viaje especial en avión hasta esta Oficina para ser operado en su hospital. Un detalle singular para dar idea del servicio. El personal se renueva íntegramente cada ocho horas, de modo que en cualquier momento el enfermo puede recibir la misma asistencia. Por lo demás, cada uno tiene al alcance de la mano un botón eléctrico que al ser oprimido hace sonar una ch'charra en una sala donde hay siempre enfermeras. Cuando comienza a sonar la ch'charra se enciende una luz roja sobre la cabecera del lecho de donde parte el llamado, y al mismo tiempo un tablero ubicado en la sala de enfermeras señala el número del que llama.

Recorremos la población en todo sentido; las calles, muy anchas, están muy limpias, y en todas ellas ambulan muchachos y gente grande que vuelve del trabajo. Las dueñas de casa pasan por la pulpería y regresan con canastos llenos.

En un ángulo de la plaza, el Teatro que anuncia películas habidas; el día de nuestra visita se proyecta Voltaire. En otro ángulo se está haciendo la construcción destinada a la biblioteca pública. Mr. Mac Avoy, el jefe de Bienestar, nos explica que cuenta ya con cuatro mil volúmenes de autores chilenos, con los cuales abrirá el establecimiento dentro de tres semanas. La construcción comprende un salón central de actos, apropiado para conferencias, y una sala lateral de lectura. En otra ala, oficinas para el personal bibliotecario.

Cuando cae la tarde se encienden miles de luces; en María Elena no se escatima la iluminación. Al volver a nuestro albergue, en una cancha llena de luz eléctrica se juega tennis.

María Elena, 4 de junio.

Raúl Silva Castro.